

MYOSOTIS.

Orillas de las aguas
cuyo rumor semeja
inconsolado lloro
que nadie compadece y nunca cesa;
entre espadañas altas
sobre apiñada hierba,
teñido de oro el seno,
pálidas y menudas azulean.

Almas á cuya herida
bálsamo suave fueran,
por los sombríos cauces
buscándolas, tal vez, no las encuentran.

Y ellas acaso sufren,
¡desventurada estrella!
morir desconocidas
esperando unos ojos que no llegan.

Vidas que alegres cantan,
¡quién sabe lo que celan!
¡quién sabe lo que esconden
ojos que ríen, labios que chancean!

El ¡ay! de la memoria
que desvelada pena,
la voz de los pesares
en almas generosas nunca muerta,
en su mirar dulcísimo
se acallan y consuelan;
su nombre es manso arrullo
á ocultas ansias y ternuras ciegas.

De amores no logrados
doliente historia cuentan;
por eso las adoran
mujer amante y soñador poeta.

Mirándose en los cielos,
cautivas de la tierra,
en las calladas hojas
celestes luces y color reflejan.

Tal vez piden amores
á la sublime esfera.
pagadas de un lucero
que entre las pardas nubes centellea.
Mas vano es que se busquen:
¡qué importa que se quieran!
Jamás han de acercarse
astros del cielo y flores de la tierra.

AMÓS DE ESCALANTE.

LITERATURAS REGIONALES.

Hace ya algún tiempo que me anima el pensamiento origen de estas líneas, y hasta hoy no me he decidido á darle forma exterior en esta hoja de papel. Desde que, después de haber admirado las innumerables bellezas y extraordinaria fuerza de concepción de *La Atlántida* y el sentimiento y la delicadeza de las *Follas novas*, leí en la *Revista de España* un correctísimo artículo de *Orlando* acerca de las literaturas regionales, ansiaba mi pluma, aunque indocia y sin autoridad, trazar unos cuantos renglones en defensa de aquéllas, tan atacadas en muchas ocasiones por los críticos, y recientemente, en la última de las revistas quincenales que en un importante periódico de Buenos-Aires escribe el eminente autor de *Gloria*.

Nunca he podido comprender la razón de aquellos ataques, ni me han convencido los argumentos expuestos en contra de aquellas literaturas. Hay en el fondo de éstos y aquéllos cierto temor y desconfianza, muy exagerados en mi concepto, de que el regionalismo literario trascienda á otras cuestiones, y no considero acertado estudiar bajo un criterio extraño al arte lo que sólo á las letras se refiere. Santo y muy bueno que en asuntos políticos y económicos se esgrima la pluma con entusiasmo y valentía en defensa de la sagrada unidad de la patria y en comprobación de la comunidad de ideas é intereses de todas las provincias que constituyen la tierra común; pero no debe en esto inspirarse la crítica al juzgar y estudiar escritores españoles que dan vida á sus pensamientos en lengua que no es la castellana.

Abandonar lo capital de la cuestión y detenerse sólo en el análisis de lo simple; exterior y formal, haciendo caso omiso de lo de verdadera importancia, cual es la concepción del escritor y la relación entre la idea concebida y la palabra que la expresa, es sacar, en mi humilde sentir, el problema de sus límites naturales y circunscribir al asunto á moldes demasiado estrechos. Porque es la producción literaria, algo más que mera apariencia exterior y simple y formal expresión, es, ante todo, intuición y fantasía, discurso y sentimiento.

Hay una relación tan estrecha, tan misteriosa y tan íntima entre el pensamiento forjado y la frase que le revela, que en ella está fundada la máquina desconocida del lenguaje humano, y en ella radica la exactitud de

aquella observación de Flaubert al hablar de la armonía prestablecida entre la idea y su forma artística, la mejor, la exacta y la única propia.

El lenguaje tiene mucho de interno y subjetivo, por cuya razón se compenetra con el pensamiento y parece que le fija y materializa hasta cuando aquél anda revoloteando, apenas determinado, por los pliegues de la fantasía. Por eso es una verdad muy grande que no se veza sino en el idioma patrio, y no se piensa más que en la lengua, medio adivinada y comprendida, que se aprende en la cuna.

Pensar y sentir, las dos más altas manifestaciones de la vida espiritual del hombre, originan principalmente el libro, y no se piensa ni se siente en un idioma extraño, idioma que los labios articulan, mientras la inteligencia, con celeridad espontánea, pronuncia con las voces que le son propias las palabras equivalentes de la lengua nativa. Lo propio, exclusivo é individual de la producción literaria, expresión casi siempre de aquel pensar y aquel sentir, momento misterioso y secreto, concebible apenas, tiene necesariamente que manifestarse directa é inconscientemente con palabras que hablen sin intermedios al alma, con voces y frases para cuya instantánea inteligencia no sea indispensable la traducción. Así dijo Horacio que era poeta aquel *ingenium cui sit, cui mens diviniot et os magna sonaturum*.

Concretando un poco más la cuestión y aplicando los inconcusos principios expuestos, no puede menos de reconocerse que la novela, la poesía lírica, el drama, todo aquello que es parte del alma del poeta debe, y no puede menos de escribirse en la lengua propia. ¿Quién se atrevería á asegurar que Verdader llegaría á la extraordinaria altura á que ha llegado, escribiendo en castellano sus *Idilios* y *Cants Mistichs*, ó que Rosalía Castro hubiera dado las mismas pruebas de sentimiento y fantasía convirtiendo sus *Follas en Hojas*, ó que Antón de la Mari-Reguera, Caveda, el autor de *El Niño enfermo*, y Acebal serían, ni con cien leguas, tan buenos poetas en castellano como lo han sido los dos primeros y lo es el último, escribiendo en bable, sin dialecto propio?

Ya he dicho antes, y es una verdad muy extendida: no se piensa ni se siente más que en la lengua propia, y escribir en la extraña no es otra cosa que traducir. Si se piensa y se siente en catalán, en gallego, ó en el bable asturiano, en bable, en gallego ó en catalán es indispensable escribir. Además de que sería ridículo, y ya lo ha hecho notar alguno, que se escribiera una novela de costumbres catalanas en castellano, como lo sería que se escribiera en francés un libro de escenas andaluzas.

Yo no dudo ni creo imposible que Oller, por ejemplo, cuyas preciosas *Notas de Color* estoy leyendo ahora con bastante trabajo, escribiera una novela en castellano sin desmentir el talento y notables facultades de observación que ha revelado en *La Papallona* ó en *Vilainin*, según muchos han dicho; pero niego rotundamente, y nadie me convencerá de lo contrario, que llegue en ese supuesto libro á los prodigios de gracia, atención y colorido que demostró en sus cuadros *Un Estudiant*, *Una Juguesca* y otros varios, á pesar de que, como cuenta Ixart, el notable crítico barcelonés, había escrito y publicado algunos versos y novelas en castellano en periódicos y revistas, de aquellos en que todo aficionado á las letras hace su aprendizaje en su primera juventud, es decir, en aquella época de la vida de los literatos en que, según Alejandro Dumas, se escribe para el fuego.

Es difícil, sí, exagerando un poco, no se dice imposible, hacer lo que el literato montañés Trueba y Cosío, que, como todos saben, escribió novelas en inglés. Por muy grande y perfecto que sea el conocimiento de una lengua, por estrechas y fuertes relaciones que tenga ésta con la del país natal, por muy acabado y completo que sea el estudio de la literatura extraña, siempre se reducirá el escribir en idioma extranjero á la tarea de traducir, y axiomático es que las traducciones, por buenas que sean y concienzudamente que se hagan, son inferiores al original.—¿Se quiere, pues, que los escritores catalanes y gallegos, principalmente, por la débil razón de que conocen pocos esos dialectos y la suposición de que no obedece á ninguna ley biológica propia de los idiomas este renacimiento de lenguas, ya casi totalmente extinguidas, todo lo cual es muy discutible, se quiere, repito, que esos escritores publiquen sus obras en castellano, obligán-

doles á traducir su pensamiento, privándoles de una de sus naturales cualidades, como es el manejo perfecto de su lengua, y siendo causa de que sus obras, algunas de las cuales están al mismo nivel de las mejores de los autores castellanos, queden reducidas en la escala literaria á la altura de las de los ingenios más mediocres?

Considerando la cuestión bajo el mismo aspecto que se ha examinado hasta aquí, y aún sin entrar en discusiones filológicas, superiores á la importancia de estas líneas, bien puede decirse que hay mucho egoísmo al reclamar que los literatos españoles, cualquiera que sea la región de la península en que hayan nacido, no escriban más que en castellano.

No es intención del que esto escribe, aunque bien mirado sería oportuno para desvanecer ciertos escrúpulos, examinar y dejar sentado que la nación, producto de la historia, no es constituida por la comunidad de lenguaje, como no lo es, aisladamente, por otros varios caracteres y elementos que pudieran analizarse discutiendo las teorías de un gran número de publicistas, desde Fiori y Mancini hasta Bluntschli, Licher y Richard. Pero conveniente es afirmar, aunque de pasada, que esa comunidad de lenguaje, á que tantas veces aludo, no forma entre los principales constituyentes de una nación, originada esencialmente por la unidad de territorio, la historia y la conciencia de la nacionalidad. Porque no es esa comunidad de lengua carácter tan imprescindible y condición *sine qua non* para que la nación exista.

Así se ha entendido siempre por los bien enterados. Así se ha comprendido últimamente en Francia, bajo el punto de vista principal de este artículo, al ser premiado por el Ministerio de Instrucción pública el notable trabajo sobre *Filología provenzal* de Mr. P. Cafinières, con lo cual no se ha hecho más que imitar á la Academia francesa, que ya en 1854 había coronado el precioso poema *Mireya*, dando un voto autorizadísimo á favor de la literatura meridional que tan bella se presentaba. Y así lo entendía Federico Mistral cuando decía en su famosa oda á los poetas catalanes: *Es preciso que los ríos vayan á la mar y las piedras al montón*.—*Los provenzales con ardor unánime pertenecemos á la grande Francia*.—Y vosotros los catalanes, con toda voluntad pertenecéis á la magnánima España.

Por otra parte, y sin hacer mención de que el gallego es anterior al castellano, y que el lemosín, catalán ó provenzal, que en su origen es lo mismo, tuvieron una literatura antes que aquél, y no les *bastó servir de instrumento á los más ingeniosos y pintorescos cronistas de la Edad Media*, sino que el catalán fué *la primera entre todas las lenguas vulgares que sirvió para la especulación filosófica*.—todo lo cual habla en favor de aquellos dialectos.—la literatura griega, maestra de todas las literaturas, comprende obras inmortales escritas en los dialectos jónico, dórico y eólico, que en Grecia estaban extendidos, y necesitóse que el Dante, Petrarca y Boccaccio usaran el toscano para que éste dominara á todos los dialectos italianos.—¿Por qué, pues, mostrarse descontentos de la existencia de literaturas regionales y exigir que los escritores aludidos prefieran el castellano á la lengua que hablaban al nacer?

Otro aspecto muy importante ofrece la cuestión planteada.

Aparte de lo puramente formal y exterior, que queda debatido, y de lo interno y subjetivo del escritor, existe también lo extraño é independiente á él, lo que vive á su lado con existencia propia y que, aunque en él influye y á él afecta, no se refiere principalmente á lo íntimo de la excepción artística.

Las ideas, las costumbres, los deseos y las aficiones, aun refiriéndonos á pueblos de una misma raza y á habitantes de un mismo territorio nacional, varían y se modifican dentro de un espacio determinado, constituyendo hábitos particulares, modo de ser y de comprender diferentes. Sea por efecto del clima ó de la topografía, sea como consecuencias de la educación y las circunstancias históricas, sea, y es lo más exacto, producto de las dos condiciones reunidas, lo cierto es que unos pueblos difieren de otros, afectando señas y caracteres especiales. Y de igual modo que estas particularidades y diferencias han de ser estudiadas por la historia con objeto de señalarlas y darlas á conocer, así también deben ser reflejadas por el arte, al describir lugares y pintar hombres. Por esto es exactísimo que á cada país corresponde su literatura.

Además, los estrechos lazos que ligan al escritor con la tierra que le ha visto nacer y la comunidad de pensamientos, hábitos é intereses que le unen á sus conterráneos; el influjo grandísimo que sobre él tienen que ejercer las tradiciones y el modo de ser de su patria; el sentimiento santo é inexplicable que le tienen que producir las cosas que á aquélla pertenecen ó á ella se refieren; el sello de raza que la misma naturaleza le ha tenido que imprimir al venir á esta vida; la influencia poderosísima que sobre sus sentidos y facultades ha de asistir siempre á lo primero que vió, que conoció ó que llegó á advertir ó á entender, todo esto y mucho más son causas suficientes para inspirar á su pluma en determinado sentido, para obligarla á trazar rasgos determinados y para sostenerla, atinada y correcta, en los trabajos á que todo, su nacimiento y educación, le animan é inclinan.

Y así, sintiendo dentro de su alma las violentas sacudidas del genio, espontáneas é indomables, oyendo en ella resonar con voces poderosas y enérgicas aquel *algo* misterioso y desconocido que le liga á la tierra nativa y le hace sentir como propio lo que sólo á ella afecta, se ve llamado, impelido, obligado á beber inspiración en las fuentes patrias y á expresar en el idioma de sus paisanos, que es el suyo, las glorias y las desgracias, los goces y desventuras, los hechos y las memorias, las costumbres y el modo de pensar de sus paisanos, que son suyos también.

De todo esto nace el regionalismo, el bendito y santo regionalismo, que á nada se opone y que responde á algo muy hondo y muy interesante; el regionalismo literario, que tiene poderosas razones para existir y que no dejará de existir nunca.

Serían interminables estos renglones, desordenados y sin enlace, si fuera á detenerme en la tarea de desarrollar por completo y redondear enteramente las afirmaciones é ideas que en ellos quedan apuntadas. Tales como son responden al convencimiento más arraigado.

Escritores discretos y profundos, críticos avisados y sabios han estudiado el problema examinado, y muchos se han manifestado de la opinión contraria á la aquí defendida. Puede que estén en lo seguro; pero lo cierto es que han podido más en ellos el recelo y los prejuicios, que la imparcial censura literaria.

Quien en los altos principios de ésta se inspire y sólo atienda á las máximas del arte, no podrá menos de disculpar, sino de defender, la existencia de las literaturas regionales. Y el que esto escribe, que en otras ocasiones, al examinar libros de Pereda y de Juan García, se entusiasma menos por lo que tenían de modelos de buen decir que por el *sabor montañés* que encerraban, no puede menos, siendo lógico, que ponerse al lado de los escritores gallegos y catalanes. Que, como escribía una vez el insigne orador católico, Sr. Pidal, el pueblo en que nacimos, si no es la patria entera, es el corazón de la patria.

PEDRO SÁNCHEZ.

17 de Julio de 1886.

A UNA MONTAÑESA.

(TRADUCCIÓN DEL ROMÁNTICO.)

Agosto de 188...

Más á la luz de la luna que á la de la lámpara, puesto que si la de ésta guía sobre el papel mi pluma, la tibia claridad de la primera lleva á tí mi pensamiento, te escribo esta carta que nunca has de recibir.

Hay para ello un inconveniente: que nunca te la he de mandar.

Yo no acostumbro á decir nada en que no me atreva luego á ratificarme, y yo no tendría valor para sostener esto que voy á escribirte, cuando tus ojos ofendidos vinieran á pedirme cuenta de mis palabras.

La carta, pues, vivirá sólo el tiempo que emplee en redactarla, espacio de una noche, las breves horas necesarias para que á esta luz de plata de las estrellas sustituya el oro de la mañana.

Por lo demás, esta tiene por objeto decirte que vengas.

Tus ojos del Sardinero y tu pensamiento me esperan hace ya muchos días.

De ninguno de ambos amores tienes acaso noticia.

Pero que te conste que el mar y yo te amamos mejor que nadie.

Si sabes ya hablarle, y entiendes lo que él habla—que Dios quiera que no, porque es ciencia de los tristes y de los mal amados,—pregúntale cómo quedamos cuando por el otoño vuelves á emprender la vuelta á tus montañas.

Dile que qué hacemos horas y horas en esas tardes de Octubre, éi estrellándose como distraído contra las rocas, tropezando en todas partes y subiendo adonde no le llaman, y yo bajando á su ribera, adonde me llaman los sollozos de sus olas y las visiones de mi alma...

Ya no tardará el estío en apagar sus fuegos, y tú no has venido aún.

Otros años venías al mismo tiempo que las rosas, y ya no queda una por deshojar.

¿Es que se ha apagado el color de las que solías traer en la cara?

No lo temo. No hay flor que esté libre de una brisa harto fresca que hiele sus aromas, ó de un rayo de sol demasiado intenso que le seque y decolore las hojas; pero tu vida es primavera eterna, y muertas esas rosas, no tardarían en brotar las nuevas, fecundizadas por el riego de tus lágrimas.

Mientras no se agota la fuente del llanto, toda mejilla pálida puede volver á ser roja.

No sé, pues, por qué tardas. ¿Qué te detiene ahí arriba, tras esos muros blasonados de tu casa de aldea, tan parecidos á mi pensamiento en lo sombrío y lo oscuro y en lo tenazmente que te guardan? ¿Qué haces aún en tu sagrado templo de la *Virgen morena*?

La ciudad y sus fiestas te esperan. Las alegres tardes del Sardinero, las melancólicas noches del Muelle te brindan todavía con su encanto y con el justo triunfo que ha de alcanzar tu hermosura entre los que paseen aquellos sitios.

Y allí, en el último rincón de la sala, ó adosado al último árbol del paseo, tratando en vano de huir de mí mismo, te espero yo, ocultándome para verte pasar, como se oculta el regicida entre la machedambre agolpada al paso de la regia comitiva.

Yo, que, á despecho de mis propósitos del invierno, volveré á no hallar aire fuera del que tú respiras, y á sentir de nuevo la honda tristeza de lo imposible; yo, que volveré á tu lado como el Fernando de Bésquer volvía á ver los ojos verdes de la ninfa del lago.

Y es que no hay camino por donde dejar de adorarte.

En tí aprenden las discretas á serlo, y las presumidas y vanas á no volverlo á ser; las graciosas á parecerlo en tiempo y sazón, y las místicas á no dejar de ser mujeres.

Tu hermosura es luz de todos los días y de todos los cielos, no únicamente del cielo raso del salón y de las horas de baile.

Aunque tu hora, oh montañesa, es la del *rosario*, y la voz con que mejor llamas á las puertas del corazón, la de la campana que suena con melancólica dulzura en el aire callado de las tardes de Noviembre.

Y así es como yo te hice protagonista de un cuento que ni tú misma habrás leído, de una *Historia* para mi uso particular, mala como mía, hermosa para mí como engendrada de memorias tuyas y titulada con tu nombre.

Yo te amo por buena y por hermosa, pero más que todo por *montañesa*, porque nadie como tú lleva ese calificativo con verdadero derecho, porque nadie como tú trae en los garzos ojos todos los misterios de la Montaña, todas las vaguedades de su poesía; esa luz vibradora é indecisa, oro en lluvia que se va tendiendo sobre el valle, pintando las hojas y alegrando el río, despertando al trabajo los brazos y á Dios los corazones, cuando por la mañana se va á verte á tu aldea; esas nieblas que se van descolgando de las cimas y que flotan asidas á los árboles de la ladera, cuando al anochecer se vuelve de verte.

Nadie como tú lleva escritos, sobre la alta frente, la nobleza de la raza montañesa, y por bajo de las pestañas de seda el tesoro de amor de su alma poética y buena.

Ahora en la noche, en esta noche igual á aquella otra con cuyas sombras me alumbró yo entre las temidas luces de la vida, vuelvo otra vez á verte como entonces te vi, cuando asomada al desgastado balcón de tu palacio, recortábase tu figura gentil sobre el cielo, y con su gracia amansaba la dura fisonomía de aquella vieja masa de piedra, como alegralla rosa de los Alpes la tristeza de la roca en que nace.

Pasaba la brisa á recoger de tus labios perfume mejor que el que llevaba, y con pretexto de ordenarle los rizos que nadie la había mandado desarreglar, te besaba en la frente siempre que podía...

En lo oscuro azul temblaban en tanto las estrellas, y yo hubiera jurado, al ver á algunas correr de un lado á otro del cielo, que andaban buscando el sitio mejor desde donde poder mirarse en tus ojos...

Cautivo todavía de aquella memoria es como, para distraer mis horas de cárcel, comencé á escribirte esto. Esto, que quiso empezar en poesía, intentó convertirse en carta que no había de ir al correo, y no fué al fin sino un sueño escrito, á quien lo de escrito no quita su calidad de sueño, y que debe, por tanto, desaparecer y disiparse á las primeras luces del alba, que ya comienzan á entrar por mi ventana.

E. MENÉNDEZ.

ENTRE BASTIDORES.

LA PRIMERA ACTRIZ.

Cuando el público, allá en sus conversaciones particulares, se refiere á ella, la llama la Paredes; pero los autores y abonados que en su cuarto la adulan durante los intermedios, no la conocen más que por Pepita.

Ella dice que tiene veintidós años; sus compañeras la echan más de treinta, y su madre jura y perjura que ni los veintidós ha cumplido todavía, de modo que, merced á un cálculo prudencial, bien puede afirmarse que andará entre los veintiséis y los veintisiete.

No es guapa ni fea, ni alta ni baja, ni delgada ni gruesa, ni lista ni tonta, ni física ni moralmente se distingue del vulgo de su sexo; sus admiradores aseguran que tiene ángel, y sus adversarios—todas las mujeres de teatro despiertan envidias y celillos—afirman que es el demonio de la vanidad quien la ha cogido de pies á cabeza.

De los últimos ejemplares de la especie, tira un poco al romanticismo, bien que no coma cal ni beba vinagre; pero de cuando en cuando suelta cada suspiro que parece un cañonazo, y habla del amor con una exaltación tal, que toda persona de buen juicio tiene que compadecer previamente al desdichado que se le inspire.

Su madre, doña Angustias Paredes, es la que la oye con asombro y casi casi con veneración. La antigua pupilera—no digan ustedes á nadie que lo ha sido—rinde un culto idólatra á su hija, que, según su opinión, que no oculta, es la mejor de las actrices y la más hermosa de las mujeres.

Pepita, acostumbrada desde la niñez á los elogios de su madre, los oye con la imperturbabilidad de quien, por merecerlos, los encuentra naturales, y si ellos le faltaran alguna vez, le parecería que había amanecido un día sin sol.

Nada se sabe de los primogénitos de Pepita, por más que ella y su madre aseguran que fueron de lo más ilustre de la aristocracia española; los maliciosos, que entre bastidores nunca faltan, se fijan en el apellido Paredes, que es común á la hija y á la madre, para dudar de la honradez de doña Angustias; pero ella destruye estos falsos testimonios refiriendo á todo el que se lo quiere oír, y aun á muchos que no quisieran, que los Paredes tienen desde antiguo tal costumbre de enlazarse entre sí, como los gitanos, que á fuerza de unir Paredes á Paredes han convertido á la familia en un callejón sin salida ni entrada.

De lo que no cabe duda, porque lo dice el apuntador, que ha conocido á la primera actriz y á su madre hace diez años, porque eran vecinas de una novia que él tuvo en la calle del Tribulete, es de que doña Angustias ha comerciado en huéspedes, es decir, que los ha tenido en su casa aparentando mantenerlos por un corto estipendio mensual, que no siempre lograba hacer efectivo.

Sin embargo, de este pasado ominoso, que diría Pepita, no se puede hablar en voz alta entre bastidores: quien tal hiciese llamaría sobre sí todo el enojo de doña Angustias, y acaso acaso alguna sonora bofetada.

Hay que creerla á ella: se quedó viuda cuando Pepita no contaba más que seis años, y se consagró exclusivamente á la educación de su hija, que ya recitaba fábulas admirablemente, probando sus inclinaciones artísticas, que doña Angustias trataba de combatir, porque en su familia jamás había habido gente de teatro y tenía ella muy mala idea de cómicos y cómicas; pero ya se sabe lo que es la vocación, y que se hace imposible contrarrestar, ni menos destruir, la bien arraigada; Pepita se salió con la suya y se dedicó al teatro, contrariando á su madre y disgustando mucho á varios tíos, cononigos, brigadieres y magistrados, que rompieron desde entonces toda clase de relaciones con la actriz y con doña Angustias.

En cuanto á la carrera artística, Pepita la ha hecho como todas, es decir, como todas las que la hacen honradamente: empezó ganando cinco pesetas diarias, y aplaudida por el público y alentada por la prensa, excesivamente benévola cuando habla de las actrices, ha llegado paulatinamente hasta su sueldo actual, que no bajará de diez duros, bien que en la escritura consten quince ó dieciséis.

Pepita ha hecho de su cuarto un templo pagano donde no se adora más que á ella, y al que no pueden llegar más que sus devotos. En aquel zaquizamí de vara y media en cuadro, repleto de muebles de mal gusto y con la atmósfera cargada de esencias enervantes, no se oye más que una conversación, siempre la misma, plagada de hipérboles y tonterías.

—¿Cómo ha hecho Vd. la escena final! Matilde Díez ni la soñó siquiera.

—No sea Vd. exagerado, Gutiérrez.

—No, no exagera, replica un boquirrubio á quien la familia empieza á dejar ir solo al teatro, ni Matilde Díez, ni Elisa Boldún, ni nadie harían esa escena como la hace usted.

A doña Angustias se le cae la baba; pero eso no la impide echar su cucharadita de incienso sobre las brasas.

—Esta no sabe hacerse valer, dice; siempre cree que las demás trabajan mejor que ella y son más aplaudidas, y ya estoy cansada de repetirla que el día que ella se retire del teatro, que lo puede hacer cuando quiera, porque, gracias á Dios, tenemos para vivir sin trabajar, se habrán acabado las actrices españolas.

Todos aplauden el discurso de doña Angustias, y hasta Pepita se deja convencer, y conviene al cabo en que efectivamente ella es demasiado modesta, y que no lo debía ser, porque en el teatro abusan mucho de las buenas cualidades de los demás.

—¿Qué ensayan Vds. ahora? pregunta uno que dice que es diplomático y que á cada cuatro palabras suelta una imprudencia.

—Una comedia de Galíndez, contesta Pepita.

—¿Es buena?

—Regular... ¡figúrese Vd. que mi papel no tiene más que dos plegos.

—¿Qué disparate!

—En cambio, añade doña Angustias, el de la característica tiene siete.

—Buena comedia estará! dice el diplomático, y añade el boquirrubio con su voz de tiple.—Nada, nada, la silbaremos.

Doña Angustias agradece el propósito con una sonrisa, y dice levantándose de su asiento:—Dispensen Vds.; pero Pepita tiene que cambiar de traje...

—Puede elegir doncella entre nosotros, exclama un autor que daría un ojo por encontrar un chiste. Y siguen á esta tres ó cuatro frases que, pretendiendo ser ingeniosas, no pasan de necias. Doña Angustias da por terminado el debate, diciendo cultamente:—Vaya, vaya, fuera culebrones.

Se quedan solas la madre y la hija, y le falta tiempo á la primera para interpelar á la segunda.

—A Fulanito le has recibido esta noche con mucha frialdad.

—Porque es un majadero: le gusta más el traje de la dama joven que el mio.

—Lo habrá dicho por oírte: acuérdate que el día de tu beneficio te regaló unos pendientes de brillantes.

Pepita hace un gesto de desdén.

—¡Ah! Se me olvidaba lo mejor, continúa doña Angustias: mientras estabas en escena han hablado mucho en el corredor la característica y el empresario; mucho temo que esa mujerona te esté armando alguna.

—¿A mí?

—Ya lo creo: mira que dicen que la empresa ha tomado para el verano el teatro de Vigo; y sin embargo, á nosotras no nos ha hablado todavía.

Pepita ha concluido de vestirse y empieza á darse carmín en el rostro, cuando dan dos golpecitos en la puerta.

S. DE TRASMERA.

(Se continuará.)

LA CIENCIA DEL NIÑO.

Para conocer al hombre hay que empezar por estudiar al niño.

La psicología infantil es la base de toda psicología que pretenda fundarse sobre datos positivos.

Por desgracia esta verdad elemental no siempre ha sido bien comprendida, y está muy extendida la creencia de que se llega fácilmente á conclusiones generales sin haberse detenido en el estudio de los detalles.

En Francia, y aún en la misma España, comienza á hacerse ese estudio ajustándose á los nuevos métodos, indicados en esas sencillas consideraciones.

Los modernos autores consideran ahora que el período de tres á siete años es el en que se realizan los progresos del desarrollo moral é intelectual del niño de una manera más continua y determinada. En ese momento de la vida afluye la sangre en corrientes rápidas y abundantes hacia el cerebro, que se acrece y desenvuelve de día en día; la actividad del proceso nutritivo es tan grande que se establecen rápidamente nuevas conexiones á cada momento. Esa edad es especialmente propicia á la determinación de las percepciones de las emociones y de los juicios simples.

Durante ella la memoria representa el principal papel. A los tres años, según sostiene Mr. Bernard Pérez, todos los recuerdos de los dos primeros quedan sepultados, ó poco menos, en la noche de lo inconsciente; el niño reconstituye apenas la memoria de los hechos acaecidos durante los ocho ó diez últimos meses, pues rara vez esos recuerdos sobrenadan en el flujo y reflujo de las reminiscencias superiores.

Ninguno de los escritores que nos han referido su infancia ha consignado rastro alguno de las impresiones experimentadas en esa época de la vida. «Ignoro, escribía Rousseau, lo que hice hasta los cinco ó seis años; no sé cómo aprendí á leer; sólo me acuerdo de mis

primeras lecturas y del efecto que hicieron en mí. De aquella época es de donde arranca sin interrupción la conciencia de mí mismo.»

Los modernos escritores que han relatado su infancia, entre ellos Daudet, Vallés, Anatole France, no han consignado hecho alguno que se refiera á esos sus primeros años; Mr. Vallés no recuerda ni siquiera haber oído si le crió su madre ó una nodriza.

Sin embargo, no todos los sucesos de la primera época de la infancia se pierden por completo de la memoria consciente. Mr. Ribot cita casos de excitaciones psíquicas que han reproducido, aun en perfecto estado de salud, recuerdos relativos al primer año ó al principio del segundo. Sucede á veces que recuerdos borrados ya en apariencia, reviven al cabo de algunos años. Mr. Bernard Pérez cita el caso de un niño de seis años que recordaba hechos de cuando tenía dos, y que parecía haber olvidado á los cuatro. Tales reproducciones, á veces sorprendentes, de la memoria son muy comunes en los adultos. Todos nosotros podemos comprobar por experiencia propia que á los veinte ó treinta años nos es más fácil que á los quince ó á los diez evocar los recuerdos del segundo al séptimo año.

El autor citado explica de la siguiente manera este fenómeno: lo que muchas veces le falta á un recuerdo para constituir imagen, para despertar la conciencia, son las circunstancias de tiempo y de lugar: en una palabra, el cuadro. Ahora bien: el cerebro del niño se enriquece á cada instante con impresiones nuevas que tienen puntos de contacto con las anteriores, y siendo capaz de un trabajo más prolongado y más amplio tiene ocasiones cada vez más repetidas y una facilidad cada vez más grande de reproducir algunas de estas imágenes por largo tiempo relegado á último término bajo la acumulación de impresiones recientes. Todo el desenvolvimiento de la inteligencia, ó si se quiere del cerebro, viene, pues, naturalmente en ayuda de la memoria.

La psicología de la memoria suscita los problemas más interesantes, y conviene estudiar de año en año, de mes en mes en los niños, ya aislados, ya por grupos, los progresos que cada memoria individual realice en facilidad, en tenacidad, en precisión; el número de individuos de sexo cuya constitución primitiva parece prepararlos á toda clase de asimilaciones; en una palabra, medir, si es posible, la plasticidad general del cerebro humano; investigar si, como dijo Bain, el período máximo de la facultad perceptiva se encuentra entre seis y once años; qué cantidad de trabajo útil parecerá más conveniente á los niños, considerados por categorías de edades, de sexos, de temperamentos, de caracteres, y según su potencia natural de percepción, de juicio, de imaginación, de abstracción; cuál sea exactamente la influencia de los móviles, de los procedimientos de educación, del ejercicio interior y de la nutrición completa ó defectuosa, del humor habitual ó accidental, del estado de salud, de las estaciones, de los días y de las horas sobre la adquisición y reproducción de todo orden de ideas; y en fin, cuáles los abusos, las enfermedades, las ilusiones, las reacciones y restituciones posibles de esta facultad, sin la cual no existirían las demás, y de la que no son éstas más que formas diferentes en mayor ó menor grado.

En este capítulo de la memoria puede decirse que todo está por crear para la ciencia del niño.

Hasta ahora nos hemos ocupado mucho del niño bajo el punto de vista educativo, pero muy poco bajo el punto de vista psicológico; y, sin embargo, no puede haber educación racional psicológica de la infancia hasta tanto que la psicología infantil no salga de su actual estado rudimentario.

CAIDAS.

Yo bien sé que á Vds. les importa un bledo que yo me haya caído de un nido ó de cualquier otra parte.

Pero conste, porque interesa á mi propósito, que me he caído de una silla.

De la silla de Felipe II.

Y para los que no conocen el mueble, añadiré que la mencionada silla es un mueble inmueble; una especie de asiento tallado en las rocas de un cerro que se eleva á poca distancia del Esecorial, desde cuyo sitio contemplaba el sombrío monarca, sino á sus anchas á su sabor, las obras del Monasterio y el vasto y brillante panorama que

ofrecen aquellos pintorescos alrededores.

Esta caída ha sido muy comentada en Santander, y más de cuatro personas de fuste, entre las cuales figura una de nuestras más distinguidas porteras, se han hecho longanas del caso.

La cual portera, como se encaramase el menor de sus hijos sobre un armario, le amonestaba á voz en cuello gritando:

—Bájate de ahí, condenado. Acuérdate de ese pobre señor que se cayó de la butaca de un tal D. Felipe y se facturó una rodilla, de cuyas consecuencias hace más de mes y medio que no puede decir esta pierna es mía.

A mí no se me oculta que

«la sociedad toma á risa

todo lo que llega al alma»,

de modo y manera que me guardará muy mucho de caer en la vulgaridad de hablar á ustedes de mi caída,

Un cojo, más que á compasión, nos mueve á risa; sobre todo si la cojera es extravagante.

Así exclamaba un chusco al encontrar en la calle á uno que iba trazando rúbricas con las piernas.

—Por eso me gusta este país. Porque aquí cada uno anda como quiere.

Sabiendo, pues, del pie que cojea la humanidad, no extrañarán ustedes que me limite á tomarle de mi reciente caída para ocuparme de otras que han de caerles más en gracia.

En una de las Exposiciones de Pintura que celebra todos los años la célebre sociedad de la Farmacia, establecida en Madrid, y en uno de los gabinetes del Restaurant de Fornos, se ofreció el primer premio al que presentase el cuadro de asunto más poético y melancólico.

Y se lo llevó uno que se titulaba *La caída de la tarde*.

No faltará lectora impresionable y romántica que se forje allá en su fantasía un paisaje encienito, con aguas que amarillean y nubes que se arrebolan!...

¡La caída de la tarde!...

Pues *La caída de la tarde* representaba un picador que, despedido por un bote del jamelgo que montaba, venía cabeza abajo desde una altura inmensa á romperse la crisma contra el suelo.

Y propósito de picadores:

Era la tarde del 24 de Junio, y se celebraba en Sevilla una gran corrida de toros.

El zeñó Juan, colocado entre los de tanda, picaba con más coraje que nunca, y cada vara que ponía provocaba entre los espectadores una tempestad de aplausos. Pero su mala estrella quiso que al citar al quinto toro acudiese éste de improviso, y sin dar tiempo á que el zeñó Juan se aperciese á recibirle, arrolló al caballo con tal ímpetu, que el zeñó Juan fué á estrellarse contra la barrera.

El hombre casi casi perdió el conocimiento; entre dos monos sabios le pusieron en pié y no sin gran trabajo le metieron en el callejón; y paso á paso le llevaban á la enfermería, cuando turbando ese silencio que acompaña siempre á las grandes catástrofes, se oyó gritar desde un tendido:

—¿Zeñó Juan! ¿Zeñó Juan!

El infeliz no levantó siquiera la cabeza, que apoyaba sobre el hombro de uno de los que le conducían.

La triste comitiva continuó su lenta y penosa marcha; pero á poco la misma voz tornó á oírse:

—¿Zeñó Juan! ¿Zeñó Juan!

Igual silencio, y dos segundos después idéntico grito:

—¿Zeñó Juan! ¿Zeñó Juan!

El zeñó Juan se irguió como pudo, y clavando sus ojos en el que con tanta insistencia le llamaba, preguntóle con voz lastimera:

—¿Qué quieres, hombre, qué quieres?

—¡Naa! que los paze osté mú felices!...

Y á propósito de felicitaciones:

En cierta ocasión un paleta que había ido á la Corte por mor de las ferias de San Isidro, compró una entrada de paraíso y se me

tió en el teatro de la Comedia á ver la junción, como él decía.

Equivocadamente se colocó en la platea, y creyéndose en su localidad, se arrellanó cómodamente en una butaca.

Sentadas en dos contiguas se hallaban dos chulas ingertas en señoras.

El hombre, á pesar de su inocencia, no las tenía todas consigo, y observaba con asombro el lujo de las personas que le rodeaban.

Comparando su humilde chaqueta y su hongo apabullado con aquellas flamantes levitas y aquellos relucientes sombreros de copa, hubo de escamarse más y más, y volviéndose á una de sus vecinas y mostrándole el billete, le preguntó con timidez:

—Diga V. y perdone: ¿esto no es el Paraíso?

—Cabales.

—Ya decía yo ¡Si aquí se está como en la gloria!

La compañera de la aludida, compadeciéndose de la ignorancia del paleta, terció en aquel diálogo, señalándole el sitio adonde tenía que dirigirse.

—Mu alto me lo fías, respondió el paleta sonriendo incrédulamente.

—Pero en fin, diga Vd.: ¿y no podría yo quedarme aquí?

—Sí, señor, replicó la primera. Quédeso usted.

—Calle, ¿y si viene el *incómodo* y me ico que cómo no estoy allá arriba, en mi puesto?

—Pues... le dice Vd. que se ha caído.

Pero ahora caigo en que maldita la analogía que existe entre lo que acabo de referir y aquello de las felicitaciones.

Me ha ocurrido algo así como á aquel que le preguntaban si sabía jugar al ajedrez, y contestó:

—No, lo que es el ajedrez no lo conozco; pero en cambio tengo un tío que toca muy bien la flauta.

Yo también, en cambio, estoy tocando ahora admirablemente el violón.

Desde que el célebre Noceadal (q. s. g. h.) descubrió que las cosas caen del lado hacia el cual se inclinan, ando yo con una inclinación exagerada hacia los artículos jocosos, los cuales no caen tan bien como yo quisiera; pero me aseguran que llegaré á conseguirlo algún día.

Sin duda *in articulo mortis*.

En último caso, hoy no me puedo quejar. Yo únicamente quería dejarme caer con un articulejo.

¿No habían Vds. caído en ello?

¿Esperaban Vds. algo que les cayera en gracia?

¿S? Pues entonces creo que no soy yo sólo el que se ha caído.

CARLO-MANO.

SONETO.

Tasca espumante el argentino freno
el bridón principieño generoso;
enarca el cuello en ademán rífoso
de noble afán y de soberbia lleno.

La dura boca en el membrudo seno
exhala un resoplido estertoroso,
y bate con estrépito anheloso
con fuerte callo el desigual terreno.

Suelta la erin de la ondante cola,
abierta la nariz, el ojo esquivo,
poco es el llano á su impaciencia sola.

Salta mi bien al fin; toma el estribo;
el restallante látigo enarbola,
y parte el bruto con su carga altivo.

JOAQUÍN LORENZO LUACES.